

## *¡Que viene el Esposo!*

El final de nuestra vida en la tierra puede afrontarse de muchas maneras. A mucha gente le desespera no poder hacer nada ante la muerte, le deprime pensar en ello. Otros prefieren no pensar, y sin embargo el momento se va acercando. Otros piensan que en la tumba se acaba todo, y hay que aprovecharse de esta vida todo lo posible sin ninguna referencia al más allá. Para un creyente en el más allá, la vida presente le sirve de preparación y alienta su esperanza en los momentos de dificultad.

El cristiano plantea la vida como un encuentro personal con quien nos ama y nos espera. Es como el esposo que llega a casa y abraza a su esposa, como el padre que besa a sus hijos después de larga ausencia, como el amigo que se encuentra con la persona amada. El final de nuestra vida será como un encuentro feliz con quien esperábamos y nos saciará de su amor para siempre, un amor que nunca acabará, porque nos introduce en la eternidad.

“Deseo partir para estar con Cristo, que es con mucho lo mejor” (Flp 1,23), nos dice san Pablo. Porque “para mí la vida es Cristo y el morir una ganancia” (1,21). Pero si es más necesario para vosotros quedarme todavía, me veo en una disyuntiva. Quiero estar con Cristo y quiero vuestro bien, Dios decida. Cuando uno descubre el amor del Señor, le entran unas ganas locas de irse con él. Y cuando ve el bien que por encargo de Dios puede hacer a los demás, se entrega a la tarea y a los demás con pasión. En un planteamiento cristiano no cabe el apego a esta vida, a sus riquezas y honores, a los placeres que pueden ofrecernos. Un cristiano vive centrado en Jesucristo, “nuestra esperanza” (1Tm 1,1).

Santa Teresa de Jesús vivió esta experiencia. El deseo intenso de morir aparece en las quintas moradas, para llegar al deseo sereno del encuentro con el Esposo en las séptimas moradas. Vehemencia en la pasión y sosiego en el amor crecido. El encuentro con el Esposo no depende primero de nuestra voluntad, sino de la voluntad del Señor, a la cual se rinde la nuestra. “Lo que Dios quiera, cuando Dios quiera y como Dios quiera”, repetía santa Maravillas.

El evangelio nos habla de esta espera sponsal: “¡Que viene el Esposo, salid a su encuentro!” (Mt 25,6). Había cinco doncellas que esperaban con sus lámparas, encendidas en el fuego de la fe y del amor. Y a pesar del sueño y del sopor de la espera, fruto de nuestro pecado, al grito de llegada, pudieron atizar sus lámparas y estar listas para entrar a la boda con el Esposo. Por el contrario, otras cinco doncellas no llevaban aceite en sus lámparas, su amor era escaso y ante el sopor de la espera, la llegada del Esposo les pilló desprevenidas y se quedaron fuera.

La vida es una espera sponsal, que está sometida a la tentación y a la prueba del sopor y del enfriamiento en el amor. Conviene estar prevenidos con las lámparas encendidas y con reservas suficientes para que el amor sea más fuerte que el pecado, para que la espera sea más fuerte que la desesperanza, de manera que cuando lleguen los contratiempos, esa reserva de fe, ese amor encendido sepa cambiar las dificultades en ocasiones de crecimiento.

La vida no es un camino hacia la muerte, porque el hombre no es un ser para la muerte. El hombre es un ser para la vida, y para la vida eterna, para siempre y sin fin. La muerte

no es la última palabra de nuestra existencia. Cristo resucitado nos llama a una vida que no acaba, con El, en el gozo eterno.

El mes de noviembre es mes de difuntos y del más allá. Solamente si vivimos la vida en la espera del Señor tiene sentido la espera y la esperanza. Unas veces con ardor y pasión, otras con amor sereno que espera el encuentro. Siempre con la certeza de que más allá de la muerte nos espera el abrazo amoroso de quien nos llama a la vida para siempre.

Recibid mi afecto y mi bendición:

+ Demetrio Fernández, obispo de Córdoba